

LA CONFERENCIA DE GINEBRA O LA PAZ QUE NO HA EMPEZADO

Comentaba Ortega y Gasset que es inexacto decir que vemos una manzana. De hecho sólo *vemos* un aspecto, una cara de la manzana. Algo semejante nos viene sucediendo con la guerra del Vietnam. Únicamente vemos su aspecto de permanente actualidad bélica, con olvido de las circunstancias que condicionaron el estado de violencia existente en ese sector del sudeste asiático y con olvido también de las políticas sucesivamente adoptadas por los Estados Unidos en esa área de Asia, donde asistimos al desarrollo de una maniobra de estrategia indirecta, muy estudiada en el ámbito que se inspira en el marxismo-leninismo.

Sin embargo, la noticia cotidiana se refiere con frecuencia a la Conferencia de Ginebra de 1954, reunida para poner término a la agotadora y dilatada guerra de Francia con el Vietminh (1946-1954) y de la que, al parecer, surgieron dos Estados resultantes de la partición de la península indochina por el paralelo 17, que divide a Annam. En realidad, las cosas no fueron ni tan sencillas ni tan claras. Puede decirse que la casi totalidad de los problemas actualmente planteados en la antigua Unión Indochina (Tonkin, Annam, Cochinchina, Laos y Cambodia)¹ estaban en la Conferencia de Ginebra y no fueron resueltos por los acuerdos allí firmados, independientemente de las múltiples violaciones que han sufrido los textos mismos de tales acuerdos².

En primer lugar, en la Conferencia de Ginebra no se debatieron únicamente los problemas vietnamitas, o sea de Tonkin, Annam y Cochinchina, sino también los relativos a Laos y Cambodia, independizados en octubre

¹ Tonkin, protectorado francés (1883); Annam, protectorado francés (1884); Cochinchina, colonia francesa desde el II Imperio (1858-1867); Laos, protectorado francés (1893), y Cambodia, protectorado francés, también desde el II Imperio (1863-1864).

² Vid. ROBERTO MESA GARRIDO: "La encrucijada del Viet-Nam", REVISTA DE POLÍTICA INTERNACIONAL núm. 74, julio-agosto de 1964.

y noviembre de 1953, respectivamente, en el marco de la Unión Francesa. Ambos países se veían afectados por las activas guerrillas del Pathet-Lao y del llamado Gobierno Jemer, vinculados al Vietminh, con el que Francia venía luchando tenazmente en el territorio vietnamita en defensa de la Unión Francesa, que comprendía a todos aquellos países. Las delegaciones de Laos y de Cambodia, presentes en Ginebra, lograron disociar las negociaciones relativas a sus países de la negociación del problema vietnamita, como pretendía la delegación vietminh. En apoyo de su tesis de globalización del problema, había traído consigo a Ginebra a los ministros de Asuntos Exteriores del Pathet-Lao y del Gobierno Jemer, los cuales tenían encomendada la misión de conseguir, bajo la dirección de los Gobiernos que representaban, la independencia y la soberanía de sus respectivos países, mediatizada por la pertenencia a la Unión Francesa. Laos y Cambodia lograron que sólo su voz fuera oída en la conferencia y, además, que las cláusulas de armisticio recogieran su petición de que las tropas irregulares, o sea las guerrillas, evacuaran sus territorios, confiándose a una Comisión Internacional de Control la vigilancia del cumplimiento de lo acordado³. Así se dio por resuelto el problema político que había originado la creación de Gobiernos subversivos. Pero de hecho el problema siguió en pie, singularmente en Laos⁴, donde paralelamente el Gobierno ha seguido existiendo, fortaleciéndose y, recientemente, extendiéndose la autoridad del Pathet-Lao, que a finales de febrero amenazaba peligrosamente a Tailandia⁵. Durante años, Cambodia pareció haber escapado a toda amenaza, siendo tan ventajosa situación fruto del hábil neutralismo del príncipe Norodom Sihanuk, nada remiso en arremeter contra el imperialismo norteamericano, aunque siempre moderado frente a las actividades del marxismo-leninismo en su versión asiática. No obstante, en el curso del mes de febrero, el propio Norodom Sihanuk ha denunciado la existencia de un plan de estrategia global que abarca a todo el sudeste asiático y comprende,

³ Recientemente los Estados Unidos trataron de revitalizar esa Comisión Internacional de Control, pero tropezaron con la negativa rotunda de Polonia, que es uno de los países que forman parte de tal Comisión.

⁴ En los lugares fijados por los acuerdos de Ginebra para la agrupación previa a la evacuación de las guerrillas, el Vietminh estableció misiones militares destinadas a evitar que el Pathet-Lao se disgregara al abandonar el territorio ocupado. Además, intensificó la recluta.

⁵ Vid. GREGORIO BURCUEÑO ALVAREZ: "La situación poco tranquilizadora de Tailandia", REVISTA DE POLÍTICA INTERNACIONAL núm. 89, enero-febrero de 1967.

naturalmente, a Cambodia. Es decir, que el llamado Gobierno Jemer, después del oportuno mutis y adaptación a las circunstancias, está preparado para volver a escena y reemprender una actividad a la que no le hicieron ciertamente renunciar de modo definitivo los acuerdos de Ginebra ⁶.

Tampoco resolvió la Conferencia de Ginebra el problema del Vietnam merced a la partición del territorio, fundamentalmente porque tanto el Norte como el Sur clamaban por la unidad. Era éste el único punto de coincidencia de los dos bandos que, por lo demás, no estaban exactamente localizados en los límites geográficos fijados por los acuerdos. La patética huida del Tonkin de unas 800.000 personas, sobre todo católicos, lo demuestra en cuanto al Norte se refiere. Las agitaciones y alborotos registrados en el Sur, ya en el verano de 1954, también demuestran la presencia en el territorio de elementos disconformes con el Gobierno de Saigón, aparte de las sectas religiosas singularmente agitadas. Pero tales elementos, influidos por una ideología de lucha y adiestrados en la acción clandestina, permanecieron sobre el terreno aplicados a organizar el combate. Este se impuso a corto plazo como el único medio de unificar al Vietnam bajo la dirección de la República Democrática de Vietnam, ya que las elecciones previstas para julio de 1956, con vistas a la reunificación, era evidente que no se celebrarían. Es de señalar que el Vietminh, con el que Francia negoció, consiguió prestigio internacional precisamente en Ginebra, por el hecho tangible de haber logrado que el territorio que controlaba adquiriese el carácter jurídico de nación soberana e internacionalmente reconocida bajo el nombre de República Democrática de Vietnam, que no conservaba lazo alguno con la antigua metrópoli. Frente a estos triunfos, se daba la circunstancia insólita de que la Conferencia de Ginebra se iniciara sin que junto a Francia estuviera presente delegación alguna del futuro Vietnam del Sur, cuya suerte se estaba debatiendo. Era colocar a ese otro futuro Estado en una situación colonial y de minoría de edad que había de hipotecarlo frente a la opinión survietnamita e incluso internacional, ello desde su teórica creación, pues la República de Vietnam del Sur no fue proclamada hasta octubre de 1955. También se dispuso en Ginebra, poco menos que a la fuerza, su inclusión en la Unión Francesa, con vistas a proteger los intereses franceses en ese territorio, lo cual no fue

⁶ Para hacer frente a esa amenaza, que a finales de febrero parecía convertirse en hecho, el príncipe Norodom Sihanuk ha solicitado de la Unión Soviética el envío de armamento. La elección de ese protector, estimamos, es políticamente muy sutil.

ciertamente una circunstancia llamada a incrementar el prestigio de ese país que, a raíz de los acuerdos, presentó una reclamación e hizo constar que había sido llevado de la mano por Francia en aquellas negociaciones. Finalmente, la permanencia del Cuerpo Expedicionario francés en territorio survietnamita, prevista por los acuerdos de Ginebra hasta marzo de 1956, tampoco era susceptible de dar a los survietnamitas la clara impresión de que habían conseguido la independencia y la soberanía lo mismo que su vecino del Norte. De ahí la vanidad del esfuerzo para unir a los survietnamitas en torno a Bao Dai, de quien lo menos que puede decirse es que no era popular. No tuvo mayor éxito el intento de agrupación político-religiosa perseguido a través del llamado «Frente de Salvación Nacional», que hasta en su denominación refleja esquemas mentales franceses. La masa survietnamita permaneció inerte, cansada por la larga guerra, y, en parte, influida en sus honduras por la propaganda que el Vietminh había llevado a cabo durante esos años de lucha contra Francia, en que los éxitos militares por él logrados no dejaron de halagar el orgullo nacional del pueblo, o el orgullo racial. Asimismo los proyectos de acción política y social del Vietminh, cuales la reforma agraria y la radical supresión de la usura, no dejaron de tener eco en un pueblo que padecía en su propio ser la injusticia de estructuras anticuadas y la codicia sin límites de los usureros, verdadera institución en el Vietnam. El Gobierno del príncipe Buu Loc, surgido a raíz de la Conferencia de Ginebra y sin base alguna en el país, pronto desprestigiado por las luchas e intrigas político-religiosas que se desencadenaron inmediatamente, apenas tuvo tiempo de tomar conciencia de que era un Gobierno. Le sucedió Ngo Dinh Diem, quien se impuso, apoyándose en los Estados Unidos.

Cabe decir que la postura claramente antifrancesa, y no menos claramente proamericana, de Ngo Dinh Diem fue una consecuencia más de la Conferencia de Ginebra: allí se confirmó el proamericanismo de Ngo Dinh Diem. Ansiosa Francia de salir del pavoroso avispero de una guerra que duraba desde hacía ocho años en un lejano territorio, provocando graves tormentas políticas en la metrópoli, enfocó las negociaciones hacia un rápido cese de los combates, cualquiera que fuera el sacrificio que para lograrlo se le pidiera y se le pidiera a los demás. Para acelerar unas negociaciones difíciles que amenazaban con eternizarse, en plena Conferencia dispuso la evacuación del Delta Rojo (río Song-Koi) como prueba de buena voluntad, pese a las protestas de su asociado en la Unión Francesa, Vietnam del Sur. Posteriormente, la evacuación de Hanoi y de Haifong incrementaron las posibilidades de pre-

sión de la República Democrática de Vietnam sobre su vecina, no tanto en razón de ventajas de extensión territorial cuanto que en razón de ventajas de orden económico, dado el mayor desarrollo industrial de esa parte de la antigua Indochina ⁷.

Antes de acceder al poder, se le impuso a Ngo Dinh Diem que Francia había llegado al límite de su voluntad de lucha en ese territorio y que toda vinculación con Francia sólo suponía una rémora para Vietnam del Sur. Por tanto, nada podía esperar de ella a la hora de poner en marcha a un país carente de una estructura política y administrativa sobre la que asentar un Gobierno, un país que sólo tenía exiguas minorías de hombres susceptibles por su eficacia, dinamismo y patriotismo de arrastrar y encauzar a una masa desorientada. Era preciso enfrentarse con la tragedia de la paz que había salido de la Conferencia destinada a poner término a la tragedia de la guerra y llenar el vacío creado en el país por la retirada de Francia que, con esta o aquella fórmula, no había cesado de hecho de dirigirlo hasta 1954. Los Estados Unidos aparecieron como el indicado mentor para emprender el difícil camino de una independencia que era preciso recorrer en compañía de la masa popular amorfa, de las sectas religiosas en pugna entre sí y alzadas contra el Gobierno, de grupos y camarillas sólo ansiosos de poder, y de un ejército de dudosa lealtad y desorganizado por la depuración de los cuadros acusados de ser profranceses, todo ello en medio de un caos económico, administrativo y político agravado por el alud de refugiados y de personas desplazadas por los vaivenes de la guerra. Mientras la República Democrática de Vietnam se estrenaba en un territorio en su casi totalidad controlado, regido y hasta amaestrado por el Vietminh, con mandos ya rodados en el ejercicio del poder y en la práctica de métodos de férrea disciplina y todos agrupados en torno a la figura clave del país, Ho Chin Minh, el Gobierno que surgió en Vietnam del Sur hubo de improvisarlo todo, incluso un jefe de Estado, ya que Bao Dai también era una herencia de Francia. Por ello, con el retroceso del tiempo, la afanosa búsqueda del apoyo norteamericano aparece como la única maniobra que pudiera ejecutar Ngo Dinh Diem, tan menguado era el margen de libertad política que le dejaba la circunstancia

⁷ República Democrática de Vietnam: 164.000 kilómetros cuadrados, 13 millones de habitantes; Vietnam del Sur: 170.230 kilómetros cuadrados, 14 millones de habitantes. Los datos relativos a la superficie y la población de estos dos países difieren según los autores. Los consignados aquí proceden sencillamente del *Petit Larousse*, edición de 1964.

de querer rehuir al mismo tiempo la comprometedora asistencia de la antigua metrópoli y la reunificación en provecho de la República Democrática.

Sin embargo, pese a la propaganda desatada en este sentido, sería un tanto inexacto decir que la presencia e influencia norteamericana en Vietnam del Sur estaban insertas en el marco bien definido de la política asiática de Washington antes de la Conferencia de Ginebra, o sea que resultaba de una decisión política cuyo alcance se había considerado debidamente. Iniciada con la ayuda prestada a Francia para que se sostuviera en Indochina, la intervención norteamericana no fue inmediata ni respondió a un criterio invariable. Incluso cabe decir que hasta la guerra de Corea, los Estados Unidos no tuvieron una idea muy precisa del papel que la entonces llamada Indochina podría desempeñar en el sudeste asiático. A raíz de la Segunda Guerra Mundial, en plena furia descolonizadora, los Estados Unidos se habían inclinado claramente a favor de una declaración de independencia total para la Unión indochina, por estimar que el conflicto con Francia requería un tratamiento estrictamente político con exclusión de toda medida de orden militar. Pero iniciada la etapa de la guerra fría, el problema de Indochina se situó para los Estados Unidos en el ámbito de un sistema de defensa a escala mundial, equiparándose el retroceso de Francia ante el Vietminh a un retroceso de Occidente ante el comunismo. La guerra de Corea dio mayor apoyatura dialéctica a esta tesis y llevó a establecer sin dilación una misión permanente de ayuda en Indochina (1950). La agravación de la situación militar francesa y el compromiso a que se llegó en Corea, que tanto distaba de una auténtica solución, llevaron a Washington a reconsiderar los términos de su ayuda, hasta entonces limitada al envío de armas y municiones y a la concesión de créditos, que en 1953 ascendieron a 385 millones de dólares. En vísperas de la Conferencia de Ginebra, cuando el dispositivo militar francés crujía dramáticamente en Dien Bien Fu, como consecuencia del fracaso del Plan Navarre, los Estados Unidos se vieron abocados a tomar una posición bien definida frente a una guerra que tanto tenía de lucha contra el comunismo como de lucha anticolonial y hasta de lucha civil, dado lo imbricado de los factores en pugna. En marzo de 1954, Foster Dulles, y con él grupos militares y políticos, se inclinaban a prestar una ayuda masiva a Francia. Pero el recuerdo aún muy caliente de la guerra de Corea neutralizó aquel propósito, y, en cierto modo, Washington volvió a su punto de partida en la cuestión: la solución política; es decir, negociaciones. Tal aconsejó a París. En esa actitud, que defraudó a amplios sectores de Francia

y ha dejado un sordo rencor que todavía persiste en la hondura de la conciencia nacional francesa, influyó también Inglaterra, cuyo punto de vista al respecto no era otro que el expresado a finales de abril de 1954 por los primeros ministros de la India, Ceilán, Pakistán, Birmania e Indonesia reunidos en Colombo: una solución negociada del problema indochino. Desde hacía tiempo Inglaterra consideraba perdida a Indochina. Por tanto, estimaban todo empeño de defenderla, corriendo el riesgo de provocar una acción directa de China, base logística del Vietminh. Inglaterra venía esforzándose en que los Estados Unidos compartieran ese criterio, al tiempo que la conveniencia de establecer una línea de defensa a retaguardia mediante un pacto del sudeste asiático⁸. Los argumentos británicos y la creciente gravedad de la situación militar modificaron substancialmente el punto de vista norteamericano, según el cual Indochina era el cerrojo del sudeste asiático». Casi sin solución de continuidad, el pacto del sudeste asiático se convirtió en el objetivo principal de la política estadounidense en ese sector del mundo.

No obstante, los Estados Unidos no se desentendieron totalmente del curso de los acontecimientos en Indochina y estuvieron presentes en las negociaciones de Ginebra, si bien actuaron en forma tal que Francia se vio casi desamparada. Por lo demás, el fracaso militar francés abonaba la antigua tesis norteamericana sobre la necesidad de aplicar métodos políticos para remediar los males originados por el colonialismo. Tales métodos, evidentemente, la República Democrática de Vietnam no aceptaría que los Estados Unidos se los aplicara para sanarla de las secuelas del colonialismo, pero esa terapéutica podría proponerse a Vietnam del Sur, lo que permitiría, además, hacer una síntesis de la teoría del «cerrojo» y de la línea de defensa a retaguardia preconizada por Inglaterra. Finalmente, es de señalar que aunque Washington hubiese deseado desentenderse de Vietnam del Sur para velar exclusivamente por la línea defensiva que había trazado el pacto del sudeste asiático, compromisos anteriores habrían puesto trabas a su propósito. En efecto, a la situación de caos reinante en Vietnam del Sur y a las facilidades brindadas por Ngo Dinh Diem para que los Estados Unidos lo ordenaran, consiguiendo con ello un amigo agradecido y una cabeza de puente en la península indochina, hay que agregar los compromisos de ayuda contraídos por Washington con París durante la guerra. Aquellos compromisos siguieron en vigor después de la Conferencia de Ginebra, si bien limitados a la ayuda

⁸ El Tratado de Manila que creó la S. E. A. T. O. se firmó el 6 de septiembre de 1954.

económica, de una parte; al Cuerpo Expedicionario francés, de otra; a los tres Estados surgidos de la desintegración de la Unión Indochina, pero que formaban parte de la Unión Francesa: Vietnam del Sur, Laos y Cambodia. Ya en la conferencia franco-norteamericana, celebrada en Washington a finales de septiembre de 1954, quedó claramente definido que el resto de influencia que Francia pudiera conservar en sus antiguos territorios lo recogía sin vacilación los Estados Unidos. Así los créditos asignados a Vietnam del Sur, Laos y Cambodia les fueron entregados directamente por Washington sin el intermediario de Francia. Al mismo tiempo que esta decisión se adoptaba, el embajador de Vietnam del Sur en Washington presentaba en el Departamento de Estado la petición de su Gobierno de que el Cuerpo Expedicionario francés fuera repatriado antes de marzo de 1956. El trámite seguido era tanto más insólito cuanto que, al menos en teoría, Francia y Vietnam del Sur eran Estados asociados dentro de la Unión Francesa. En nuestra opinión, este arrumbar a Francia de un manotazo señala el momento real en que los Estados Unidos, un poco alegremente, dieron el primer paso por el peligroso camino vietnamita, de difícil retroceso. Por si fuera poco, aquella petición—cuya espontaneidad queda por demostrar—iba acompañada de una solicitud, presentada a los Estados Unidos para que se constituyera un ejército survietnamita de 265.000 hombres, debidamente reorganizado por técnicos norteamericanos. La conveniencia de que Vietnam del Sur contara con un ejército en condiciones de hacer frente a todo ataque interior o exterior era evidente. La demanda se estimó razonable, y los Estados Unidos aceptaron. Antes de que las últimas tropas francesas salieran, en abril de 1956, del territorio survietnamita, ya estaba en Saigón la «Military Aid and Advisory Group», con la misión, ciertamente, de reorganizar u organizar un ejército, pero también de asesorar la administración del Gobierno de Ngo Dinh Diem. Así, mientras que Francia salía del escenario vietnamita poco menos que de puntillas, los Estados Unidos entraban en escena pisándole los talones a su aliado y con una ingenua confianza en cuanto a las excelencias de sus métodos, de eficacia tal que un ligero apuntalamiento mantendría en posición de firme y en orden a un país tirado al surco y desarticulado por las luchas de grupos de sectas, las rivalidades personales y los negocios turbios, circunstancias todas sagaz y lógicamente explotadas por la incipiente subversión. Su labor había de verse facilitada poco después por los errores de bulto y de todo tipo que el Gobierno de Ngo Dinh Diem multiplicó, precisamente a partir del momento en que contó—o creyó contar—con el apoyo

incondicional e indefinido de los Estados Unidos. ¿Llegó a faltarle ese apoyo años más tarde, al extremo de llevarlo a la muerte? La respuesta pertenece al secreto del sumario. En todo caso queda el hecho indiscutible de que la acción del Gobierno Diem dio al traste en dos años con su popularidad inicial. Entre actuaciones y omisiones, Ngo Dinh Diem y su familia, mejor dicho su clan, se enajenaron sucesivamente esos apoyos internos que no puede suplir el apoyo de un aliado, por muy poderoso que sea éste y por muy ciego que quiera ser frente a los hechos. Por lo demás, la impopularidad misma del Gobierno Diem impuso a su actividad política un sesgo de dureza que provocó el incremento de esa misma oposición que pretendía combatir y que prosperó incluso en el ejército.

Sin embargo, los medios económicos, que sin regatear el Gobierno estadounidense ponía a su disposición, hubieran permitido al Gobierno Diem hacer una eficaz labor de desarrollo y estabilización del país. En 1955, Vietnam del Sur quedó incluida en el Programa de Ayuda para la Defensa Mutua, sin perjuicio de una ayuda complementaria de 320 millones de dólares al año, destinados a los fines militares de combatir y poner término a la guerrilla Vietcong, que ya empezaba sus actividades en el territorio. Existe una tendencia arraigada a considerar que ese tipo de acción subversiva provoca inestabilidad en un país. Es plantear el problema con una grave inversión de sus términos. De hecho, es la inestabilidad de un país la que provoca la subversión y la guerrilla, y es vano pretender neutralizarlas sin atacar la causa real de su existencia, sin la cual la subversión y la guerrilla se encontrarían aisladas y agitándose en el vacío. ¿Quién concibe una guerrilla en Suiza, en los países escandinavos o en cualquier otro país de alto nivel económico y social? Pero la solución de la réplica militar es una tentación en la que han caído con demasiada frecuencia políticos experimentados y viejas naciones—singularmente en territorios coloniales—para criticar airadamente a Ngo Dinh Diem y a sus consejeros norteamericanos por haber caído en ella. Además, influidos por el formidable potencial militar de su propio país, tal vez esos consejeros vieran en el anticomunismo militante y bélico de su aliado asiático una feliz y fructífera coincidencia con el objetivo principal de la política exterior de los Estados Unidos: la lucha contra el comunismo, ese comunismo que tan eficazmente la ayuda masiva estadounidense había salvado en su máximo representante, la U. R. S. S., durante la Segunda Guerra Mundial. Pero los graves desaciertos del Gobierno Diem fueron serrando la rama del anticomunismo, que pretendía ser doctrina y norma de acción

gubernamental. Sin embargo, inicialmente, el adversario con el que había de vérselas el Gobierno de Saigón era numéricamente reducido, acaso unos cientos de hombres pertenecientes al partido comunista survietnamita, que actuaba en la clandestinidad, el Vietcong, que operaba por pequeños grupos muy móviles, pronto a dispersarse o a reagruparse, según las conveniencias tácticas, y que contaba, por supuesto, con el apoyo y la ayuda de la República Democrática de Vietnam. Sin ella no hubiera sobrevivido pese a la eventualidad de un apoyo y una ayuda del interior.

A partir de 1960, esta oposición en armas e infiltrada también en la población civil se incrementó con la creación del Frente de Liberación Nacional, que apuntaba tanto a derrocar el régimen de Saigón como la liberación del territorio survietnamita ocupado por las tropas agresoras de los Estados Unidos, postura nacionalista esta última de gran efecto psicológico en las masas. Nadie puede decir o negar con certeza que el comunismo está totalmente detrás de la fachada democrática del F. L. N. survietnamita que ha integrado el Vietcong. También se dijo del F. L. N. argelino que estaba supeditado y dirigido por el comunismo. Los hechos posteriores a la independencia han mostrado que no era exacto. Ciertamente, había comunistas en el F. L. N. argelino, pero no todos cuantos lo integraban eran comunistas, ni mucho menos⁹. Tal puede suceder con el F. L. N. survietnamita. Los movimientos subversivos o de liberación que señalan un objetivo sencillo, casi elemental, pero que entraña una gran carga pasional, como el patriotismo o la religión, atraen y aglutinan a elementos procedentes de los más diversos sectores ideológicos y sociales. De ahí que en el Frente de Liberación Nacional survietnamita actúen representantes de muy diversas tendencias, entre los cuales se cuentan católicos sinceros.

La lucha contra las guerrillas del Vietcong no se emprendió con una carencia de medios militares que explique los resultados desalentadores. No carecía de armamento moderno y de equipos adecuados el ejército survietnamita, organizado y adiestrado por los Estados Unidos, que al iniciarse la guerrilla se limitaron a aportar una ayuda material y técnica, a instruir, a asesorar y, a lo sumo, a encuadrar con mandos ese ejército. Se evidencia en esta primerísima fase la convicción de que unidades regulares de tipo moderno y bien preparadas están en condiciones óptimas para luchar contra

⁹ Vid. *Argelia y su destino*, de CARMEN MARTÍN DE LA ESCALERA, Instituto de Estudios Políticos, 1956.

la guerrilla, polvo de ejército diseminado por el país. Por tanto, en esa primera fase de intervención estadounidense, que llamaríamos moderada o indirecta y que abarca desde el principio de la subversión hasta 1961, las operaciones antiguerrilleras se llevaron en términos de guerra clásica limitada. Tal tipo de guerra es inadecuado para luchar contra la guerrilla. Es más, la favorece. En efecto, un ejército moderno necesita fundamentalmente vías de comunicación para efectuar los pesados transportes destinados a cubrir las exigencias logísticas de sus unidades, de crecidos efectivos en los ejércitos regulares. Vías de comunicación y transportes son vulnerabilidades evidentes, a menos de establecer una vigilancia sin tregua ni reposo que requiere tropas numerosísimas que, a su vez, multiplican los problemas de logística. Ese objetivo fundamental que las comunicaciones constituyen para los guerrilleros no es una invención del Vietcong. Cabe decir que es una constante de la táctica guerrillera. Ya durante la ocupación de España por las tropas de Napoleón, los diversos cuerpos de ejército, para mantener el contacto entre sí y abastecerse, habían de organizar grandes expediciones, lo cual no evitaba el indefectible ataque o la emboscada en cuanto el terreno se prestaba a la acción de la guerrilla. A su vez el Vietcong ha empleado reiteradamente, *incansablemente, el ataque a las columnas, el golpe de mano contra las posiciones aisladas*, al tiempo que, pese a los partes victoriosos y al número de bajas vietcong que consignaban, los grupos de guerrilleros iban en aumento ¹⁰, y en aumento los focos de actividad diseminados por el país, lo cual es un síntoma inequívoco de progreso de la guerrilla que exige fuerzas considerables para combatirlo. Paralelamente, los efectivos de los grupos guerrilleros fue creciendo. Porque frente a la rigidez de la organización militar, cuyas unidades tienen efectivos fijos, la guerrilla adapta su importancia numérica a la circunstancia. Cinco hombres, diez, veinte, cien, incluso más, hasta formar compañías, batallones y hasta divisiones, como en la gran ofensiva de finales del pasado enero, son los variables efectivos de las guerrillas, según suene la hora de la adversidad y la dispersión en grupos ínfimos, de fácil ocultación, o suene la hora de la libertad de acción y la iniciativa que permite agruparse y atacar con fuerza. De forma que la im-

¹⁰ En 1962, 20.000 combatientes vietcong. En 1966 se calculaban unos 60.000, más unos 200.000 encuadrados políticos, administrativos y simpatizantes. Vid. CAMILLE ROUGERON: "La guerra aérea en el Vietnam", REVISTA DE ESTUDIOS POLÍTICOS núm. 85, mayo-junio de 1966.

portancia numérica de la guerrilla puede considerarse exponente de la situación militar y de la evolución de la lucha, junto con su extensión por el territorio. El ataque desencadenado en la casi totalidad de Vietnam del Sur por masas de combatientes es claramente revelador a este respecto. Mao Tse-tung, que ha sistematizado las reglas de la lucha de guerrillas merced a su experiencia durante la guerra chino-japonesa ¹¹, decía que «el guerrillero tiene que moverse por el terreno donde actúa como el pez en el agua». Todo indica que las fuerzas conjuntas de las guerrillas survietnamita y el ejército de la República Democrática se movieron en estas condiciones en el campo hasta llegar a las ciudades que atacaron.

La llegada al poder del presidente Kennedy en 1960 señala una segunda fase de la intervención norteamericana, todavía en una forma no abiertamente declarada, aunque ya no fuera indirecta. El Plan Staley (1961), ciertamente, apuntó una serie de reformas de tipo político y económico —Eugenio Staley es profesor de Economía ¹²—, pero en orden a la preocupación militar, que empezaba a hacerse sentir en Washington, hizo una serie de sugerencias tendentes a una modificación sustancial de la modalidad de guerra que hacían las fuerzas anticomunistas. Staley aconsejó la táctica de la contraguerrilla, estudiada en los Estados Unidos, y que contaba con unidades especializadas, así como la aplicación del método, consistente en no dispersar los esfuerzos con vistas a la protección de la población civil rural, tanto para librarla de las exacciones y represalias del Vietcong como para impedir que le prestara ayuda, concentrándola en puntos bien escogidos y bien defendidos. Este último aspecto del Plan Staley no constituía una idea original. Durante la guerra de Argelia, Francia había hecho un ensayo de agrupación de las poblaciones rurales diseminadas, pero tal vez por haberse limitado al ensayo sin resolver previamente los problemas económicos

¹¹ En “Los progresos de la guerra revolucionaria”, CAMILLE ROUGERON (REVISTA DE ESTUDIOS POLÍTICOS núm. 90, marzo-abril de 1967) pone en tela de juicio que fuera Mao Tse-tung quien ideó la guerrilla china contra el invasor japonés. Atribuye la idea a un oficial alemán que dirigía la misión destinada a organizar el ejército chino, el cual aplicó sencillamente una doctrina codificada en el reglamento alemán. De todos modos el precursor de estos doctrinarios de la guerrilla es Lawrence.

¹² “Numerosos son los estrategas norteamericanos que recibieron primero una formación de economistas, y uno de ellos. W. W. BOSTOW, en su notable obra sobre *Las etapas del crecimiento económico*, ha construido un verdadero puente entre la economía y la estrategia.” General BEAUFRE: *Stratégie de l'action*, Armand Colin, París, 1966.

y humanos que había de suscitar, la medida dio resultados más bien desalentadores. También es cierto que se aplicó cuando la guerrilla se había extendido por amplias zonas, lo cual dificultaba su aplicación generalizada ¹³.

Las sugerencias de Staley fueron fielmente recogidas en Washington en lo que respecta a la contraguerrilla. Las unidades especializadas en este tipo de acción ponen pie en Vietnam del Sur, y empiezan a luchar junto con las unidades survietnamitas, a las que imponen en sus métodos. Y así se inició la intervención, mejor dicho la participación directa de los Estados Unidos en el conflicto de Vietnam. En cierto modo, era el primer peldaño de la escalada. Pese al cambio de táctica, los éxitos no fueron rotundos. Sin afinarse aparentemente en ningún punto, las guerrillas se movían por amplias zonas del país, cuyo control pretendían y, con frecuencia, ejercían, bien por persuasión, bien por el miedo a represalias. Las seguían constituyendo grupos poco numerosos, que surgían inesperadamente, y se retiraban cuando tropezaban con fuerzas superiores. Su movilidad y la multiplicación de las acciones bélicas de intensidad limitada en los más diversos sectores provocó la dispersión de los esfuerzos de la contraguerrilla que iba en su persecución, a pie, pero con el apoyo de la aviación y de los helicópteros, que no son ciertamente los auxiliares más discretos de una actividad militar. Por otra parte, a las necesidades elementales de los guerrilleros no correspondían necesidades tan elementales por parte de sus adversarios, los cuales tampoco tenían un punto de apoyo decisivo en las poblaciones rurales que, incuestionablemente, ayudaban a los guerrilleros. Sin este hecho no se explicaría—como sucedió durante la guerra de Francia con el Vietminh—que, llegada la noche, los guerrilleros imperaran por amplias zonas, que daban muestras de conocer palmo a palmo y que sólo resultaban parcialmente controladas por sus adversarios durante el día. Un control efectivo hubiera requerido un despliegue de efectivos que no se ha dado en Vietnam del Sur.

Centrada la acción contraguerrillera en la misión de buscar la guerrilla para aniquilarla, se tropezó con el hecho evidente de que es más difícil buscar que esconderse, como lo hacían habitualmente los guerrilleros, con frecuencia invisibles y que sólo revelaban su presencia en terrenos favorables o amparados en la oscuridad. Las acciones de guerra, de las cuales ninguna podía ser decisiva, aisladamente minúsculas y que todas juntas constituían:

¹³ A la extensión de la guerrilla la denominó Lawrence "la táctica de Medina". Los árabes la emplearon con éxito contra los turcos en la Primera Guerra Mundial.

una actividad bélica digna de ser tomada en consideración, salpicaron el mapa del Vietnam del Sur sin que nadie pudiera trazar una frontera susceptible de determinar qué zona estaba pacificada y controlada o en vías de serlo y cuál estaba dominada por la guerrilla, hasta tal extremo se había borrado la línea divisoria entre la paz y la guerra, al tiempo que el elemento vietcong con las armas en la mano podía ser a sus horas un cualquier ciudadano o un campesino aplicado a sus tareas. El ataque generalizado del pasado 29 de enero, por su misma extensión y por la forma imprevista con que se ha realizado, indica con fundamento la presencia de un crecido número de guerrilleros agazapados entre la población civil. Se ha especulado ampliamente con el hecho de que esa población urbana, empavorecida, acosada, no ha acatado las consignas de levantamiento contra el Gobierno de Saigón, dando con ello una prueba de que le era afecta. Pero objetivamente, esa población, singularmente en Hue y en Saigón, ha recibido el mismo trato que si se hubiera levantado, pues ha sido bombardeada, ametrallada y sometida a los horrores de la guerra por las fuerzas norteamericanas en la reconquista del terreno perdido. Como quiera que una de las justificaciones aducidas por los Estados Unidos para estar presentes en Vietnam del Sur es defender a las poblaciones civiles y protegerlas del Vietcong, las acciones bélicas de que han sido víctimas tales poblaciones muestran la inanidad de la justificación.

En conjunto, la fase contraguerrillera, o sea la lucha del guerrillero señor contra el guerrillero a secas, no registró resultados espectaculares, si bien logró estabilizar en parte el movimiento de subversión. Tal vez si se hubiera prolongado la experiencia y las contraguerrillas hubieran permanecido en las zonas que habían pacificado, en lugar de replegarse para operar en otras zonas donde se señalaban guerrillas, tal vez si hubieran perfeccionado sus métodos merced a la experiencia práctica, que tanto aporta a la mejor teoría, la contraguerrilla hubiera creado a la larga una situación de equilibrio o de cansancio en ambas partes que habría facilitado la búsqueda serena de una solución negociada. Nadie sabe qué hubiera sucedido de no desaparecer el presidente Kennedy en 1963, pues no cabe recorrer el amplio campo de las hipótesis que irían desde el desacierto de la Bahía de los Cochinos hasta el feliz desenlace de la crisis de Cuba de 1962. No obstante, hay que suponer con algún fundamento que su muerte influyó en la evolución de los acontecimientos survietnamitas, como influyó en la política exterior de los Estados Unidos, habida cuenta de que la caída y muerte de Ngô Đình Diem (octubre

de 1963) era una coyuntura favorable para que el presidente Kennedy replantea toda la cuestión de Vietnam del Sur.

Apenas Lyndon B. Johnson accedió al poder, una Junta militar, presidida por el general Nguyen Khan derrocó al grupo que a su vez había derrocado a Ngo Dinh Diem. A partir de entonces, y hasta febrero de 1965, en que Nguyen Kao Ky toma la dirección del Gobierno, se producen seis golpes y contragolpes de Estado. La agravación de la situación militar aparece como un eco más, como una consecuencia del desbarajuste reinante en Saigón, donde la consigna «lucha contra el comunismo», recogida por los sucesivos y efímeros dirigentes, no tenía la facultad de acallar ambiciones ni la de poner orden en un país desmelenado por la guerra, la corrupción de todo tipo, el desgobierno y la subversión progresiva. Ante tal situación, que ponía claramente de manifiesto que el terreno vietnamita estaba minado en partes iguales por aliados y adversarios, Washington se aferró con mayor tenacidad al criterio de que Vietnam constituía el cerrojo del sudeste asiático. Acaso, pero la puerta estaba apollada. La réplica a los golpes del adversario fue el envío de tropas pertrechadas con los medios más modernos, envío que desde entonces no ha cesado de ir en aumento, hasta sumar 525.000 norteamericanos presentes en Vietnam del Sur a finales de 1967¹⁴.

La tercera fase de la lucha empieza con un volver de nuevo a la guerra clásica y al empleo intensivo de la aviación. De hecho ha seguido la escalada bélica, habida cuenta de los medios militares puestos en acción, que son un muestrario casi completo de la potencia militar convencional de los Estados Unidos. La acumulación de hombres y de medios de combate parecían crear las condiciones precisas para alcanzar la victoria. En realidad, para la táctica guerrillera tales despliegues de fuerza no constituyen un inconveniente capital. También las guerrillas españolas huyeron ante la Grande Armée, mandada por Napoleón, porque «esa huida les servía en la táctica adoptada contra nosotros (los franceses)... en esa lucha sin reposo ni tregua, en la que no se perdía la oportunidad de una sola emboscada, y se sacaba provecho de todas las horas, de todos los tiempos y de todos los lugares, acabando (la guerrilla) por perseguir a quienes la habían perseguido», como escribía el

¹⁴ La organización modernísima del Cuerpo Expedicionario norteamericano hace que la inmensa mayoría de los efectivos esté dedicada al apoyo logístico de la minoría que combate. Así, en el mes de febrero, se calcularon que sólo unos 90.000 combatientes habían de enfrentarse con 230.000 adversarios, a los que se sumaban los elementos de los cuadros políticos.

general Thiébault¹⁵. En ningún punto de Vietnam del Sur, la máquina de guerra norteamericana pudo enfrentarse con otra similar a la suya durante años, pero en ningún sitio las fuerzas aliadas podían tener la seguridad de que estaban a salvo del enemigo, muchas veces infiltrado en las legiones de obreros, peones o servidores que requería el funcionamiento de la tremenda máquina de guerra. La guerrilla ha llegado a todos los lugares, si bien cuando ha actuado en las ciudades ha recibido el nombre de terrorismo.

Ocioso es decir que la guerrilla survietnamita, nunca aniquilada y rara vez neutralizada, tenía y tiene su base logística en la República Democrática de Vietnam, como el Vietminh tuvo la suya en China y el F. L. N. argelino tuvo una en Marruecos y otra en Túnez independizados. El hecho era harto conocido de los norteamericanos, pero sus acciones de observación y bombardeo de los alrededores del paralelo 17 no surtieron efectos en un relajamiento de la actividad enemiga. La configuración geográfica de Vietnam del Sur es una invitación a las infiltraciones que, en mayor medida que por el paralelo 17, pueden llevarse a cabo por la frontera de Laos, controlado en el Norte por el Pathet-Lao; pero la ayuda en armas y municiones procedentes del campo socialista tenía como relé la República Democrática. Una implicación de la República Democrática en la guerra—aun sin declaración de guerra—y el bombardeo sistemático más allá del paralelo 17 y cada vez más al Norte, hacia Hanoi, pareció ser la medida decisiva para dejar al Vietcong o F. L. N. desarbolado. El ataque sufrido por dos barcos norteamericanos en el golfo de Tonkin por parte de lanchas norvietnamitas permitieron a los Estados Unidos iniciar en octubre de 1964 el bombardeo conveniente, llamado de represalia, bombardeo que ha ido en «crescendo», cuya eficacia práctica en orden a un cese de hostilidades es nula¹⁶.

¹⁵ *Mémoires du Général-Baron Thiébault* (1792-1820), Librairie Hachette, París, 1962. El general Thiébault fue gobernador de Castilla la Vieja durante la ocupación de las tropas de Napoleón. Autor de una serie de obras militares, muy estimadas en su tiempo, tenía agudas dotes de observación. No lo llevaron a sistematizar las reglas por las que se regía la guerrilla, que, sin embargo, entendió perfectamente, como lo evidencian algunos párrafos de la citada obra. Es más, practicó la contraguerrilla... sin saberlo.

¹⁶ El pasado día 22 de febrero, el senador Fulbright, presidente de la Comisión de Asuntos Exteriores, acusó a McNamara de engañar al pueblo sobre los pormenores de ese ataque en el golfo del Tonkin, perpetrado de noche y en circunstancias confusas, contra dos destructores norteamericanos, de los cuales uno de ellos, el *Maddox*, era un barco espía. Los españoles que recuerdan la explosión del *Mayne* surto en el puerto de La Habana pueden abrigar sus dudas respecto al ataque norvietnamita.

Junto con esta decisión, que más ha servido a ampliar el conflicto que a dominarlo, a principios de 1965 se fijó como primer objetivo el control militar del territorio survietnamita bajo la responsabilidad directa de las fuerzas estadounidenses y la determinación de los llamados poblados estratégicos¹⁷. El segundo objetivo fue apoyar las contraofensivas a cargo del ejército survietnamita. Pero la deficiente combatividad de ese ejército de dudosa lealtad (117.000 desertores en 1965)¹⁸ llevaron a los mandos norteamericanos a encomendar tales operaciones a sus propias unidades. Concentradas en bases cuyas defensas se han venido reforzando continuamente, esas unidades salían para desencadenar una ofensiva, reintegrándose posteriormente a sus bases. Y lo mismo que el cirujano confía al cuidado de sus ayudantes y de las enfermeras el enfermo que ha intervenido, los norteamericanos dejaban la tarea de pacificación de las zonas conquistadas—o reconquistadas—a los survietnamitas y a las tropas de países aliados, singularmente las surcoreanas, por haberse abandonado el sistema de instalar puestos fijos que quedaban aislados y eran automáticamente atacados. Finalmente, siempre partiendo de una base, especie de castillo feudal de la era atómica, el tercer objetivo asignado a las fuerzas norteamericanas fue el de perseguir y dispersar las formaciones enemigas dondequiera que fueran señaladas. La potencia de fuego puesta en acción, tanto en el ataque como en la defensa, las destrucciones sistemáticas, el apoyo táctico de la artillería y de la aviación y nubes de helicópteros que salvaban las deficiencias o los peligros de las vías de comunicación, convirtieron la guerra en una lucha costosísima en material y armamento¹⁹, cuyo objetivo estratégico era romper «la fuerza principal». Ciertamente, tal enseña la estrategia, pero ¿qué es, donde está «la fuerza principal» de la guerrilla? Esta se adaptó rápidamente. Dispersó sus batallones y volvió al pequeño grupo de fácil ocultación, se hizo de nuevo ratón y mosquito y, con gran movilidad táctica, multiplicó por doquier vio-

¹⁷ El general Challe practicó estos métodos en Argelia. Es de señalar que no pocas tácticas y técnicas empleadas en Vietnam del Sur se pusieron a prueba en Argelia. Parece ser que la idea de cuadricular un territorio con vistas a ejercer su control en forma eficaz se debe al general Weyler en la guerra de Cuba.

¹⁸ *Chronique de Politiques Etrangère*, Bruselas, vol. XX, núm. 5, septiembre de 1967.

¹⁹ Se ha calculado que cada vietcong muerto cuesta 332.000 dólares a los Estados Unidos (*Chronique de Politique Etrangère*, ya citada). De ser exacta esta cifra se conformarían las dudas que suscitan las altas cifras de bajas vietcong dadas por los norteamericanos, tanto más cuanto que la guerra de guerrillas no produce bajas numerosas *en combate*.

lentos y breves ataques, con fuego de ametralladoras y de mortero, seguidos de la huída del atacante para no dar tiempo a que los norteamericanos concentraran su pavorosa potencia de fuego y enviaran refuerzos al teatro de operaciones. Es decir, que el objetivo de romper «la fuerza principal» con diferentes tácticas no logró destruir las múltiples fuerzas secundarias, que son la entraña misma de la guerrilla ²⁰, tenga ésta los efectivos de un batallón o se reduzca a un puñado de hombres, porque la guerrilla es exponente de una filosofía y el guerrillero el de una idiosincrasia.

En cuanto a los objetivos perseguidos con el bombardeo de Vietnam del Norte, cabe destacar en primer término el de impedir el abastecimiento y las infiltraciones, de manera a llevar a Hanoi a la mesa de negociaciones, ya que jamás los Estados Unidos han admitido la eventualidad de negociar con el Vietcong o F. L. N., al que deniegan personalidad propia. Al cabo de los años, tales objetivos militares y políticos no se han logrado. Entre los innumerables daños que la guerra mundial ha originado, está en el orden bélico el haber asignado a la aviación un papel decisivo en la operación militar en razón de las destrucciones que provoca con un bombardeo. Semejante principio resulta falso cuando se aplica a un país subdesarrollado y, por tanto, de escasas vulnerabilidades, lo que reduce considerablemente la capacidad de desorganización de un bombardeo aéreo. Ello se echó de ver en la guerra de Corea y se confirma en Vietnam del Norte, que no ha relajado el esfuerzo de guerra, al contrario. Además, ya en Corea se dio con la parada: meterse bajo tierra. Esta es la mejor defensa contra el bombardeo, incluso de napalm, sin perjuicio de que los antiaéreos cumplan su cometido, más ofensivo—derribar aviones—que defensivo—impedir el bombardeo—. Tampoco el apoyo indirecto de la aviación ha producido la desorganización y consiguiente suspensión del trasiego de armas, municiones y hombres procedentes de Vietnam del Norte, convertido en toponera. La barca o la barcaza sustituyeron durante la noche el puente destruido, y el sendero hizo las veces de carretera y red ferroviaria para el hombre cargado con material bélico relativamente ligero ²¹, adaptado al terreno y a un tipo de guerra cuyo meca-

²⁰ A mediados de 1967, el general Westmoreland, siempre animoso, declaró: "Hace seis meses dije que habíamos dejado de perder; ahora hemos empezado a ganar."

²¹ Hasta fecha reciente, el vietcong sólo utilizó ametralladoras y morteros de 80 milímetros, con los que ha derribado la mayoría de los aviones norteamericanos que efectúan misiones de apoyo táctico. En la ofensiva de enero se ha señalado el empleo de morteros

nismo las fuerzas norteamericanas y sus mandos se han esforzado en desmontar con una estrategia inmutable y diversas tácticas, ninguna de ellas afortunada. Tampoco Napoleón entendió nunca la guerrilla española. De ahí que los resultados del empeño hayan sido negativos, pues negativo es el resultado de desembocar en una creciente y mundialmente grave extensión militar y política de un conflicto local.

En cuanto a las fuerzas del Vietcong o F. L. N. se han mantenido fieles a los principios de la guerrilla, desconcertantes para la estrategia clásica, y sus variaciones tácticas se resumen a crecer o menguar, según las circunstancias, o sea dar dos pasos hacia adelante y uno hacia atrás, lo que finalmente arroja el lento avance positivo de un paso. Ello exige una paciencia oriental²². Así, paso a paso, sin arredrarse ante el despliegue de medios bélicos de la tercera fase de la intervención norteamericana, sin cesar de hostigar, de combatir y de atacar incluso grandes bases estratégicas norteamericanas—singularmente Tac-Do, en las altas mesetas—, la guerrilla vietcong ha podido organizarse en unidades encuadradas militarmente y apoyadas por unidades regulares del ejército norvietnamita. La infiltración y posterior concentración de las importantes fuerzas que participaron en el ataque generalizado del pasado 29 de enero, aparecen como el resultado de una larga preparación y de una libertad de acción que no encontró cortapisas en el país, lo cual implica el apoyo, o al menos el silencio, de amplios sectores de la población rural survietnamita, apoyo al parecer ignorado por los servicios de información, cuya carencia es uno de los interrogantes de aquella ofensiva en que, por vez primera en la Historia, la guerrilla, militarizada, abandonó su tradicional teatro de operaciones, el campo, para lanzarse al asalto de las ciudades. Independientemente de que el golpe militar asestado a Vietnam del Sur no haya sido decisivo ni en el orden bélico ni en el orden político—ya que no ha inclinado a los Estados Unidos y al Gobierno de Saigón a las negociaciones—, queda el hecho del impacto que ha producido en las poblaciones urbanas, lo cual no facilitará la tarea de enderezar la situación. Se insiste en que las fuerzas que defendían a Vietnam del Sur no han sufrido ninguna derrota espectacular como Dien Bien Fu—aunque sí muchos Dien Bien Fu parciales—

de 122 y 130 milímetros que pueden enviar un proyectil a 13 kilómetros. Es suficiente para destruir helicópteros y aviones en los campos de aterrizaje de somera protección.

²² Es curioso observar que los únicos pueblos europeos que todavía empleaban la guerrilla en el siglo XIX han sido España y Rusia.

y que a finales de febrero habían recuperado lo perdido, o casi. Pero la amenaza de nuevas ofensivas sigue en pie y el asedio de determinadas bases —Khe Sanh, Dac-To—es un hecho al que se agrega un desgaste continuo de hombres, de material, de dinero y de comprensión por parte de amigos y aliados en cuanto a la postura adoptada. Hasta el Vaticano muestra su hostilidad ante la continuación y la agravación del conflicto. Mientras tanto, Vietnam del Sur, quierase o no, se hurta un poco más cada día a la misión que Washington y el Gobierno de Saigón le asignaron en el Sudeste asiático, área que la política estadounidense, y acaso también la fatalidad de las circunstancias, ha convertido en centro de gravedad del mundo en lugar de área al margen de las tensiones internacionales.

A la hora en que escribimos, la Administración norteamericana y su presidente se enfrentan con la grave, gravísima decisión política de proseguir la guerra, cueste lo que cueste, mantenerla y no enmendarla, o de intentar una negociación con Hanoi y el F. L. N. Todo hace suponer que prevalecerá el criterio de no cejar en el empeño bélico después del viaje a Vietnam del Sur del general Wheeler, o sea enviar más hombres, más armas, más medios con sus incalculables consecuencias. Una de ellas es la decisión de retirar tropas estacionadas en Europa en el marco de la O. T. A. N. para ser enviadas a Vietnam del Sur, lo cual no es una medida susceptible de garantizar la estabilidad europea donde subsiste la tensión originada por el problema de Alemania y de Berlín, siempre recordado por la U. R. S. S. Las graves declaraciones del secretario general de la O. N. U., U Thant, y las muy recientes del Gobierno francés, no están hechas para disipar temores, que podrían calificarse de subjetivos. Por otra parte, aunque indirectamente implicada hasta ahora en ese conflicto, la U. R. S. S. ha tomado posición ante la eventualidad de que la lucha llegara a cierto punto en su infernal escalada. Ese punto es indudablemente el aplastamiento de la República Democrática de Vietnam. El llamamiento que Ho Chi Minh ha dirigido a los países representados en Budapest en el encuentro preparatorio de la conferencia mundial de los partidos comunistas—cuyo tema fundamental será la lucha contra el imperialismo—ha de interpretarse, estimamos, en el sentido de que Ho Chi Minh cuenta ya con la unidad de acción del campo socialista frente al enemigo común, pues la «unión sagrada» no es fórmula sólo destinada a aunar la reacción. También hay que ver en ese llamamiento una adhesión al comunismo pro-soviético y un distanciamiento de China que fortalece singular-

mente las posiciones asiáticas de Moscú. Sin comprometerse directamente en el conflicto, la U. R. S. S. ha afianzado su peón en el mapa del sudeste asiático. Como adelantó el peón de su flota, que navega ahora por el Mediterráneo, al socaire de la guerra judeo-árabe. No serán éstas las únicas consecuencias acarreadas por la desgracia de que el mundo occidental no esté al pario de los países marxistas en el estudio y la aplicación de la estrategia indirecta que en su modalidad militar ha adoptado la guerrilla que, a su vez, para surgir y prosperar necesita de ese incomparable factor pasional que es el nacionalismo o el patriotismo. Sin embargo, desde la Segunda Guerra Mundial no han escaseado las oportunidades de que el mundo occidental se impusiera en esa estrategia sutil, que sabe sacar provecho del conflicto, en sí minúsculo y limitado, hábilmente dirigido, y explotar al máximo los fallos del adversario, hasta causar impacto en la unidad interna del país, directamente implicado por su intervención, enturbiar la atmósfera internacional, desequilibrar la más sólida economía—como sucede en los Estados Unidos y, de rechazo, en todo el mundo occidental—, preocupar los medios financieros, hacer sentir inquietud en la bolsa y, finalmente, promover corrientes de hostilidad hacia la nación cazada en esa red paciente, inteligentemente urdida, que le resta libertad de movimientos: guerra de Indochina, de Corea, de Argelia y, actualmente, del Vietnam.

En *Introducción a la Estrategia*, el general Beaufre exponía que, además de su genialidad, Napoleón debió sus grandes victorias a haberse adelantado a sus adversarios en la aplicación de las teorías militares de discípulos de los enciclopedistas, quienes dedujeron el «principio divisionario» del aumento de la potencia de fuego. Mientras que, al estilo antiguo, los ejércitos de las sucesivas coaliciones permanecían más o menos agrupados, Napoleón dispersaba sus fuerzas, extendiéndolas como una red e impidiendo así que el adversario pudiera prever el punto de concentración decisiva para dar la batalla. Poco a poco el adversario aprendió las reglas de la nueva estrategia. Pero antes de Waterloo ¡cuántas victorias! Tal vez el general Giap, como antes Mao Tse-tung o su oscuro maestro alemán, esté aplicando teorías militares deducidas de la lectura de Lenin, a su vez lector aprovechado de Clausewitz, cuyos principios de estrategia militar adaptó a la estrategia revolucionaria. Huelga el «tal vez». Estas teorías se están aplicando.

CARMEN MARTIN DE LA ESCALERA.

